

consiguió alzar el busto, y al instante desplomóse lanzando un suspiro angustioso. Había muerto.

Y la Rapet, despojándose tranquilamente de su disfraz, colocó la sartén y le escoba en la cocina, la sábana en el armario, el cubo en el fregadero, la silla junto á la pared.

Luego, cerró los ojos de la muerta—que habían quedado muy abiertos, aterrados—, roció la colcha con agua bendita, y arrodillada, recitó fervorosamente la recomendación del alma, que sabía de memoria, cumpliendo así con todas las ceremonias profesionales.

Al volver Honorato por la noche, la encontró rezando; hizo al punto la cuenta, de memoria, convenciéndose de que la Rapet aún salía con un franco de ventaja, porque pasó allí tres días y una sola noche; que el precio acostumbrado eran cinco francos, y no seis,



## LOS REYES

AH!—dijo el capitán, conde de Garens—. ¡Vaya si recuerdo aquella cena del día de Reyes durante la campaña!

Era yo entonces oficial aposentador de húsares, y llevaba medio mes rondando en descubierta frente á la vanguardia alemana. La víspera habíamos acuchillado á unos hulanos, perdiendo tres hombres; uno de los cuales era el pobrecito Raudeville. Sin duda recuerdan ustedes aún á José de Raudeville.

Aquel día mi capitán me ordenó que ocupara y conservara toda la noche, con diez jinetes, el caserío de Porterín, donde nos habíamos batido cinco veces en tres semanas. No quedaban en pie veinte casas ni doce vecinos en aquel avispero.

Salí al frente de mis diez jinetes á eso de las cuatro. A las cinco llegamos á las primeras tapias de Porterín, en completa obscuridad. Hice alto y ordené

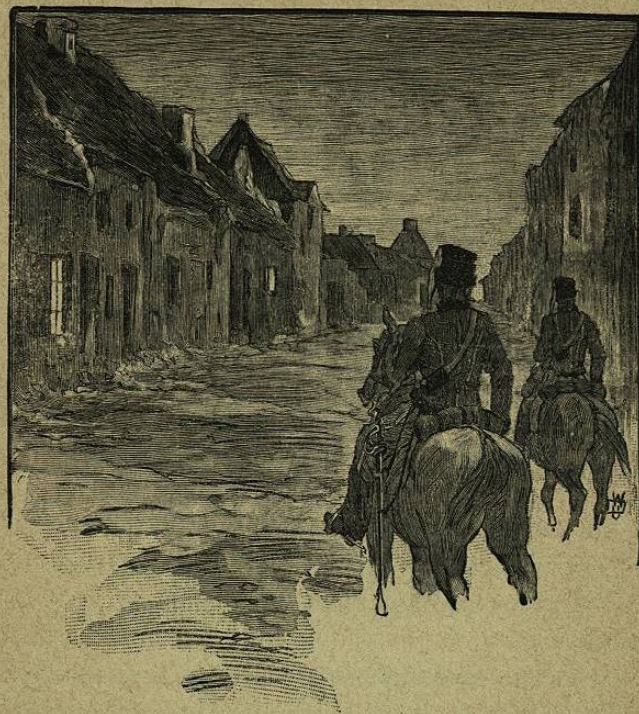
á Marchas—ya le conocen ustedes, Pedro Marchas, el que se casó más tarde con la hija del marqués de Martel-Auvelin—que reconociera solo el caserío para volver á llevarme noticias.

Yo había escogido, entre los que voluntariamente se ofrecieron á seguirme, diez jóvenes de familias distinguidas. Agrada en la milicia poder prescindir, en semejantes ocasiones, del trato de ciertas gentes. Marchas era decidido como nadie, astuto como un zorro y flexible como una culebra. Olisqueaba desde lejos á los prusianos como un sabueso á una liebre; descubría víveres donde sin él nos muriéramos de hambre, y se procuraba noticias de buen origen—siempre ciertas—con habilidad incomprendible.

A los diez minutos volvió, diciendo:

—Perfectamente; no ha pasado por aquí ni un prusiano desde hace tres días. Este caserío es una ruina. He hablado con una Hermana de la Caridad que cuida á cuatro ó cinco enfermos en un convento abandonado.

Avanzamos todos, metiéndonos por la calle principal. Distinguíanse vagamente á derecha é izquierda las casas destruídas, apenas visibles en la obscuridad profunda. De trecho en trecho brillaba una luz á través de los cristales; alguna familia se había



quedado para guardar su vivienda, casi derruída: una familia heroica ó miserable.

Comenzó á caer una lluvia menuda, fría, que nos helaba ya, sin haber empapado aún los capotes. Nuestros caballos tropezaban á cada paso en pedruscos, en maderos, en muebles. Marchas nos

guiaba, yendo á pie delante de nosotros con el caballo cogido por la brida.

—¿A dónde nos llevas? —le pregunté.

Y me respondió:

—A un buen alojamiento.

Pronto se detuvo delante de una casita que no había sufrido ningún desperfecto, bien cerrada, con verja por delante y jardín por detrás. Valiéndose de una piedra, Marchas hizo saltar la cerradura, subió la escalinata, forzó la puerta del piso bajo á patadas y empujones, encendió un cabo de vela que llevaba siempre en el bolsillo, y entró, seguido por los demás, en un aposento bien amueblado, guiándonos con una seguridad admirable, como si hubiera vivido algún tiempo en aquella casa que veía, como nosotros, por primera vez. Dos de mis diez hombres quedaron fuera, guardando los caballos.

Marchas dijo al famoso Ponderel, que le seguía:

—Las cuadras deben estar á la izquierda; lleva los caballos á los pesebres para que descansen y tomen un pienso.

Luego, volviéndose á mí, exclamó:

—Da órdenes, ¡recristo!

Me aturdía siempre aquel bravo mozo. Entonces respondí riendo:

—Voy á dejar centinelas en torno del caserío. Espérame aquí; en seguida volveré.

—¿Cuántos hombres te llevas? —me preguntó.

—Cinco. Los otros cinco los relevaréis á las diez de la noche.

—Perfectamente. Mientras, mis cuatro compañeros me servirán para reunir víveres, guisar y poner la mesa. Yo buscaré vino; aquí debe haber algunas botellas bien guardadas.

Me alejé, recorriendo con mis cinco jinetes las calles desiertas, hasta salir á los prados para colocar mis centinelas.

Volví á la media hora, y encontré á Marchas recostado en una poltrona, calentándose los pies, junto á la lumbre, y fumando un cigarro excelente, que perfumaba el aposento. Estaba solo, con los brazos apoyados en los de la poltrona, la cabeza hundida entre los hombros, los carrillos arrebatados, los ojos resplandecientes; muy satisfecho.

En la sala contigua oíanse chocar platos y cubiertos. Marchas me dijo, sonriente, beatífico:

—Esto se presenta bien. El Burdeos estaba escondido en el gallinero; el champagne, debajo de la escalera; el coñac (cincuenta litros de lo mejor), en la huerta, junto á un peral. Nos manducaremos dos gallinas, una oca, un pato, dos parejas de pi-

chones y un mirlo que había en una jaula. Solamente carne de pluma, como ves. Ya cuece. Me gusta mucho este caserío; hay de todo.

Me había sentado cerca del fuego, y el calor de la chimenea me abrasaba las narices y las mejillas.

—¿Y la leña?— pregunté—. ¿Dónde la encontraste?

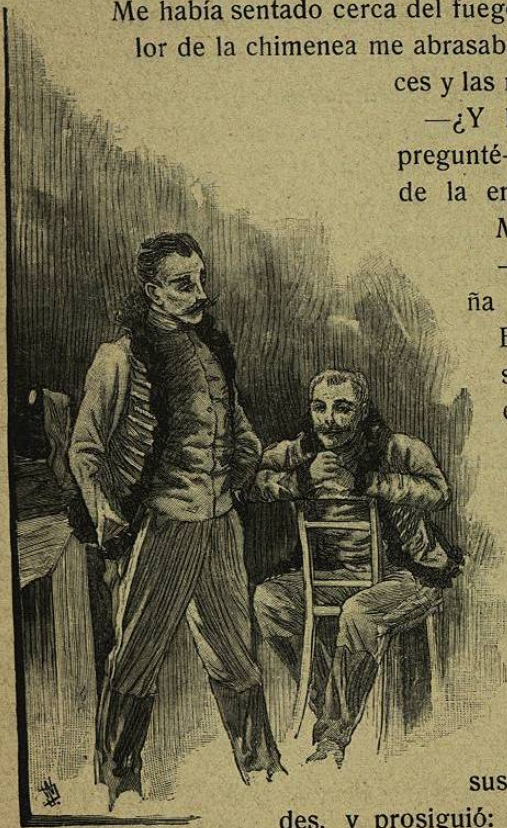
Murmuró:

—Es una leña magnífica. El coche del señor. Por eso llamea tanto; el barniz arde como la resina.

¡Buena caza!

Me hizo reír con sus brutalidades,

y prosiguió:



—Como es noche de Reyes, hice meter un haba en la oca. Pero ¡no tendremos reina! ¡Cenar sin reina! ¡Qué aburrimiento!

Inconscientemente repetí:

—¡Qué aburrimiento! Pero, ¿qué hacer?

—¿Qué hacer? ¡Buscarlas!

—¿Qué?

—Mujeres, ¡recristo!

—¿Mujeres ahora? ¡Estás loco!

—Yo encontré coñac junto á un peral y champagne bajo la escalera, sin el menor indicio. Más fácil es descubrir mujeres. Donde veas faldas, las hay de seguro. Tienes por qué guiarte. ¡A indagar, compañero!

Lo decía con tanta seriedad, con tan arraigado convencimiento, que me sorprendió.

Y le dije:

—Pero Marchas, ¿qué broma es esa?

—Ya sabes que no uso bromas nunca, estando, como estoy esta noche, de servicio.

—Pero ¿dónde diablos puedo encontrar mujeres? Di.

—Eso corre de tu cuenta. Deben quedar aún dos ó tres en el caserío; descúbrelas y tráetelas.

Me levanté. Hacía mucho calor junto al fuego. Marchas insistió:

—¿Te indico una idea feliz?

—Sí. ¡Venga!

—Vete á casa del cura.

—¿De qué puede servirnos el cura?

—Invítale á cenar y ruégale que se traiga una mujer.

—¡El cura! ¡Una mujer! ¡Ja, ja, ja!...

—No hay motivo de risa. Vete á buscar al cura y explícale nuestra situación, invitándole á cenar; debe hallarse muy aburrido y aceptará el convite. Luego, le insinúas que necesitamos una mujer, por lo menos una, que sea educada, naturalmente, pues á ninguno de nosotros agradaría sentar á la mesa una zafia. El cura conoce bien á sus feligresas. Y estoy seguro de que, si te das buena maña, hemos de conseguir lo que me propongo.

—Pero, ¡Marchas! ¿Tú sabes lo que dices?

—Querido Garens: nada te cuesta probarlo. ¡Sería un lance gracioso! Nos portaremos como nos corresponde, con toda la delicadeza imaginable. Dile al cura qué clase de personas le aguardan aquí; háblale, si es preciso, de nuestras familias; interésale. ¡Catequízalo!

—No será posible.

Se acercó más, y como ya sabe de qué pie cojea, el muy tuno, insistió:

—Reflexiona la gracia que tiene hacer eso, y lo divertido que fuera después contarlo. Daría qué hablar en todo el ejército, proporcionándote una fama envidiable.

Yo dudaba ya, tentado por la original aventura. Él insistió:

—Vaya, compañerito: como jefe del destacamento, sólo tú puedes encararte con el jefe de la Iglesia en este país. Te lo suplico; anda, vete, y te prometo referir ese lance singular, en un poema que publicará la *Revista de Ambos Mundos* cuando termine la campaña. ¿Qué menos podías hacer por tu gente, después de los trotes que llevamos en todo el mes?

—¿Hacia dónde cae la rectoral?—pregunté, decidiéndome á ir.

—Toma la segunda calle á mano izquierda; encontrarás un paseo, y al fin del paseo, la iglesia; junto á la iglesia, está la rectoral.

Y al verme salir, me gritó alegremente:

—¡Dile cuánto vamos á comer y á beber, para provocar su apetito!

Sin trabajo encontré la casa del cura, junto á la pobrísima iglesia de ladrillos. Llamé con el puño en la puerta, donde no había campanilla ni alda-ba, y una voz recia preguntó desde dentro:

—¿Quién va?

-- Un oficial de húsares—contesté.

Oí ruido de cerrojos y de la llave que giraba en la cerradura; se abrió la puerta, y me hallé frente á un sacerdote barrigudo y alto, de pecho atlético, de formidables manos, de color encendido y de aspecto muy campechano.

—¡Buenas noches, señor cura!—le dije haciendo un saludo militar.

Sin duda se temía una desagradable sorpresa ó un asalto de ladrones, porque se alegró mucho al verme y me respondió sonriendo:

—¡Buenas noches, amigo; pase usted!

Le seguí hasta una salita enladrillada, donde había una lumbre pobre, bien diferente de la chimenea de Marchas.

Ofrecióme una silla, y luego me preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

—Señor cura, permítame que yo mismo haga mi presentación.

Y puse una tarjeta mía en su mano.

Leyó entre dientes:

«El Conde de Garens.»

Yo proseguí:

—Señor cura: He venido con diez húsares. Cinco están de guardia en las afueras, y los otros cinco,

alojados conmigo en la casa de un caballero que no dejó rastro de su nombre, y al cual no es posible, por consiguiente, agradecer el hospedaje. Me acompañan, y se ponen, como yo, al servicio de usted: Pedro de Marchas, Ludovico de Ponderel, el barón d'Etreillis, Karl Massouligny, José Herbón, joven músico. Vengo en su nombre y en el mío á rogarle que nos honre sentándose á nuestra mesa. Es noche de Reyes, y deseamos cenar lo más alegremente que se pueda.

El cura, sonriendo, murmuró:

—No me parece ocasión muy oportuna para divertirse.

Yo respondí:

—Nos batimos diariamente. Catorce de mis camaradas han muerto este mes, y ayer mismo cayeron otros dos, heridos mortalmente. Así es la guerra. Nos jugamos á cada instante la vida. ¿Por qué no jugarla bromeando, alegremente? Somos franceses: la risa nos retoza en los labios, y todo nos hace reír. ¡Nuestros padres iban al patíbulo riendo!... Esta noche deseamos divertirnos como personas bien educadas, no como soldados groseros: ya lo comprende usted. ¿Es un desatino?

—De ningún modo—me contestó con presteza el cura—y acepto con mucho gusto su obsequio.